

un...
nacia q...
trara u...
an d'gar...
siste, en...
escuela, pri...
cios, si oie...
ner un oficio...
legió que esa era...
adaptar el hombre...
tvo, asimismo, que...
un creador de mundo...
y que tan era así que...
que no estaba bien en el...
un lugar, podía llegar a...
mis grande creador y surgir...
un libertador; reputó que esa...
en cierto modo, una inadaptación...
pero destacó que había excepciones...
que valían más que la regla; y...
añadió que todavía había...
pequeño, el beneficio de los mis...
go no resultaba un beneficio...
real, si los demás hombres no...
paraban para realizar lo que...
un modo, se halla insinuado en aque...
llos.

Encarando, entonces, el problema de la escuela rural, el Prof. Estable se preguntó si existían el problema del campo, el de la escuela rural, el de la despoblación. En ese sentido afirmó que la escuela no podía poblar, como se quería, el campo, y demostró que, si bien se había dicho de Estados Unidos que es un país de ciudades, porque allí hay lo humano en muchos sitios, que hace que el hombre se encuentre bien en esos lugares, aquí, en el Uruguay, en cambio, el venirse a la ciudad respondía, entre otros grandes móviles, a la insuficiencia del ambiente, al achicamiento del hombre en el mismo ambiente. Frente a esa realidad, consideró, en seguida, que la escuela sola no podía ni debía resolverla, y juzgó, después, que la escuela debía mantenerse firme, como una realidad telúrica, en su función céntrica: la cultura integral máxima para todos. Señaló, por otra parte, que había que mejorar la base de nuestra economía, pero recalcó que lo primero era, sin embargo, el hombre. Expuso, luego, que no se podía obligar al niño a que resolviera ese problema, y manifestó que lo que en la escuela debía darse era, primero, el coeficiente de valor que hay en el trabajo del medio, y, después, mejorar, por otros caminos, ese mismo medio. Preciso, además, que había grandes problemas, candentes y trágicos —el de la cuestión sexual, el de la tuberculosis, el del alcohol, el del juego—, que no podían solucionarse desde aquí; dijo que, a su turno, también estaba de por medio la psicología del niño; y una vez asentado que las reformas sociales sólo perduraban cuando eran reformas del espíritu, reveló que, por eso, no había que adaptar la escuela al medio, y si la escuela a los medios que tuviese y a los medios posibles que debían dársele. Aseguró, todavía, que había, así, pequeñas iniciaciones que podían llevarse a la vida germinal del niño, y producir, ahí, frutos inesperados, y que, del mismo modo que ciertos principios como el descubrimiento de la astronomía, del termómetro o de la balanza, fueron gérmenes de nuevos universos, aquellas primeras podían traer aparejada una reforma de fondo en la vida nacional; y repitió, finalmente, que el mundo en que vivíamos era cada vez más sabio, que todo el mundo tenía que saber más, y que, ante ese hecho, no había que pensar en que si no se resolvía el problema económico total no podía lograrse la solución del de la escuela, y sí, por el contrario, hacer el bien donde fuera posible.

El Prof. Estable terminó su conferencia, anotando que lo más difícil, más difícil, aún, que ser libre, era ser justo, y subrayando que la injusticia nunca hacía sufrir tanto como cuando recaía sobre los niños. Agregó, asimismo, que sería una grave enfermedad moral la indiferencia ante toda esa niñez desamparada y que, por el contrario, había que emprender su salvación cuanto antes, e indicó que, en efecto, el hecho ya de salvar a uno solo de esos niños nos daría un noble destino que nos alentaría como un soplo espiritual en cualquier instante de la vida. A tal propósito, conceptuó, a continuación, que un empréstito como el de la electrificación del Río Negro, tendría mucho más valor destinado íntegramente a la escuela, y que un gobierno que tuviese la cordura de esa locura habría de quedar inmortalizado como un libertador; y concluyó afirmando que aquel estadista que así lo hiciera, reconociendo que lo más difícil en la vida no es iniciar caminos, sino andarlos, y tanto como sostener la marcha, desandarlos si en ellos se ve el error, podría repetir, con seguridad de cumplirlo, el verso de Píndaro: "No os dejéis tragar por el olvido".

"El País" 21 de febrero
de 1944